

LA SIGNIFICACION DE WILTON PARK

La reunión celebrada el último mes de mayo en la histórica mansión de Winston, cerca de la costa del sur de la Gran Bretaña, frente a las islas del Canal, ha tratado de «la opinión pública en su impacto sobre la política exterior». Ello nos da pie para insertar aquí una breve nota, porque no solamente el tema de esta ocasión, sino la entera obra que allí se desarrolla, tocan plenariamente a nuestra Revista.

El viejo «Wistanetum», registrado en el Domesday Book, es centro desde 1576 de una hermosa casa que puede ser clasificada entre las más típicas del estilo isabelino. Pasó de los Shirley a los Goring en el siglo XVIII, y está actualmente cedida al Foreign Office, que viene utilizándola para los bien conocidos coloquios que toman de aquella vieja hacienda el nombre de Wilton Park.

Tras una primera etapa (1946-1956), en la que Winston House recibió a ciudadanos alemanes, en el inicial fervor posbélico de llevarlos hacia las fórmulas democráticas, desde 1957 reúne periódicamente a gentes que son consideradas influyentes en la formación de la opinión pública de los distintos países europeos; en principio, a las integradas en la Organización de Cooperación Económica, y ya desde hace dos años, también a súbditos de los Estados Unidos.

La asistencia normal no debe pasar del «optimum», fijado en las dos docenas de participantes y frecuentemente—como en este ejemplo de mayo último—se está más cerca de la sola docena. La organización, regida por el profesor H. Koeppler y asistida por dos consejeros, estima que su función es contribuir a crear en el mundo presente «una opinión pública bien informada», mediante el arte de la conversación y merced al coloquio. No se trata de una reunión de expertos, sino de gentes cultas, de «éclairés» (de «esclarecidos», en nuestra propia terminología del XVIII), capaces de ver el problema en su conjunto—frente a lo que suele suceder con los «expertos»

que conocen al dedillo un tema, pero que andan desvalidos cuando miran fuera de aquél. Se busca, además, una participación y no solamente la comprensión o espíritu abierto. Por eso se convoca a quienes ya influyen, es decir, en líneas generales, a quienes suelen haber pasado los cuatro decenios y están «situados» en sus propios países.

Wilton Park constituye una entidad autónoma dependiente del Ministerio británico de Asuntos Exteriores. A su frente está un rector—llamado tan expresivamente «Warden», como corresponde a un castillo—, con su Junta académica, su oficina administrativa y su bibliotecario. Dos Consejos encuadran la tarea: el Alto Patronato Internacional, donde figuran los embajadores de Austria, Francia, Alemania, Italia, Luxemburgo, Noruega, España, Suiza, Turquía y Estados Unidos, junto con el profesor Vlekke, secretario general del Instituto Holandés de Asuntos Internacionales, y el Consejo académico, constituido, bajo la presidencia del señor Birley, por los profesores, Beloff, Brogan, Headlam-Morley y Lewis, y por algunos eclesiásticos y miembros natos (éstos, como representantes del Instituto Inglés de Asuntos Internacionales, la Sección Exterior de la Federación de Industrias Británicas y el jefe de los Servicios Educativos del Congreso Sindical). El Gobierno subviene a siete octavos de los gastos, y los participantes contribuyen con diez libras por reunión. Han de pagarse, además, los gastos de desplazamiento, lo que constituye, sin duda, un inconveniente y ha obligado a la Fundación Ford a dar una ayuda especial para que acudan súbditos norteamericanos.

En el orden de actuación, el Patronato señala las grandes líneas de las reuniones, es decir el temario general, mientras el Consejo académico escoge y propone a los conferenciantes. En este ejemplo, del que he sido partícipe, el rector ha explicado la significación de la conferencia. Un portavoz gubernamental suele iniciar los trabajos. Esta vez lo fué el diputado Emery, en ausencia del subsecretario de Asuntos Exteriores, que había sido anunciado. El diputado Emery y el rector Koeppler estuvieron en pleno acuerdo al difundir sus conceptos sobre la opinión pública.

La diferencia entre educación, información y propaganda anduvo así entre líneas desde el primer momento. La tarea del Estado—dijo Koeppler— es crear élites. La educación conduce a formar grupos de gentes conscientes de las tareas que han de cumplir como ciudadanos. Ello es fundamental por cuanto mientras la mayoría se muestra pasiva, la minoría es, naturalmente, activa, y debe serlo para mantener al país vigilante. Una democracia no puede dejar de tener cuenta de este grupo dirigente. No es cuestión que toque sólo a los diplomáticos, por más que nos refiramos a la proyección exterior. Hay que contar con los hombres más esclarecidos. Y eso es lo que busca

Wilton Park: ofrecer una atmósfera propicia al conocerse, al encontrarse..., con toda la carga emocional del vocablo.

En la reunión sobre opinión pública y política exterior, los temas de coexistencia competitiva y desarrollo económico y cultural se han ofrecido como supuesto ineludible. El mundo occidental ha sido perfilado por un mariscal, y los mecanismos de la opinión han sido ofrecidos—a veces demasiado mezclados con los mecanismos de información—por profesores y por periodistas. Pero la mayor eficacia de Wilton Park estriba sobre la actividad dialogante. La labor académica ha sido predominantemente coloquial. No solamente la charla o exposición individual o de grupo es seguida de preguntas, sino que la conversación constituye la trama de todas las horas. Añádase la utilización del «brains trust» y de los pequeños grupos de discusión («small groups»), aún más reducidos que esa docena o poco más de participantes. En estas circunstancias, la acción del «staff» resulta eficazísima y de sus miembros cabe decir que no sólo dominan el mecanismo ideado por sus compatriotas, sino ese «savoir faire», ejemplar imagen de la cultura francesa.

Ya hemos visto que España forma parte del Patronato en la persona de su embajador cerca de S. M. la Reina de Inglaterra. Y que los españoles han acudido a participar en varias reuniones. Lo que no veo es que hayan figurado entre quienes intervinieron como ponentes. En un folleto de 40 páginas fueron los nombres de éstos y entre ellos he buscado sin suerte un nombre español...

Permitidme que concluya con una imagen literaria. Me la propone el profesor Koepler, que llega a la sesión con una rosa en el ojal, ofrecida—me dice—por el arbusto que trepa hasta su cuarto... No se han descubierto rosales sin espinas, pero lo que cogemos del rosal es la flor. En las relaciones de España con el exterior suelen recogerse las espinas de nuestros rosales, pero ¿les ofrecemos a menudo las flores?, ¿trepan hasta allá nuestro arbustos?

JUAN BENEYTO.

